



Henry David Thoreau

El Arte de  
Caminar

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL ARTE DE CAMINAR**

**HENRY DAVID THOREAU**

**PUBLICADO: 1851**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

# EL ARTE DE CAMINAR

HENRY DAVID THOREAU

Quisiera hablar una palabra en favor de la Naturaleza, de la libertad absoluta y la vida salvaje, en contraste con una libertad y cultura meramente civilizadas, para considerar al hombre como un habitante, o una parte y porción de la Naturaleza, en lugar de un miembro de la sociedad. Deseo hacer una declaración extrema, si así puedo hacer una enfática, pues hay suficientes defensores de la civilización: el ministro, el comité escolar, y cada uno de ustedes se encargará de eso.

He encontrado en el curso de mi vida a una o dos personas que entendieron el arte de Caminar, es decir, de dar paseos, que tenían un genio, por así decirlo, para el deambular: palabra que deriva bellamente "de las personas ociosas que vagaban por el campo, en la Edad Media, y pedían caridad, bajo el pretexto de ir à la Sainte Terre," a Tierra Santa, hasta que los niños exclamaban, "Ahí va un Sainte-Terrer," un Deambulador, un Peregrino. Aquellos que nunca van a Tierra Santa en sus caminatas, como pretenden, son realmente simples vagos y vagabundos; pero aquellos que sí van allí son deambuladores en el buen sentido, tal como quiero decir. Algunos, sin embargo, derivan la palabra de sans terre, sin tierra ni hogar, lo cual, por lo tanto, en el buen sentido, significará, no tener un hogar particular, sino estar

igualmente en casa en todas partes. Porque este es el secreto del deambular exitoso. Aquel que se queda quieto en una casa todo el tiempo puede ser el mayor vagabundo de todos; pero el deambulador, en el buen sentido, no es más vagabundo que el río serpenteante, que todo el tiempo busca diligentemente el curso más corto hacia el mar. Pero prefiero la primera, que, en efecto, es la derivación más probable. Porque cada caminata es una especie de cruzada, predicada por algún Pedro el Ermitaño en nosotros, para salir y reconquistar esta Tierra Santa de las manos de los Infieles.

Es cierto, somos solo cruzados pusilánimes, incluso los caminantes, hoy en día, que no emprenden empresas perseverantes y sin fin. Nuestras expediciones no son más que giras, y regresan por la noche al antiguo hogar del que partimos. La mitad de la caminata no es más que desandar nuestros pasos. Deberíamos salir a la caminata más corta, tal vez, con el espíritu de aventura inmortal, nunca para regresar,— preparados para enviar de vuelta nuestros corazones embalsamados solo como reliquias a nuestros reinos desolados. Si estás dispuesto a dejar padre y madre, y hermano y hermana, y esposa e hijo y amigos, y no volver a verlos nunca más,— si has pagado tus deudas, y hecho tu testamento, y arreglado todos tus asuntos, y eres un hombre libre, entonces estás listo para una caminata.

Para hablar de mi propia experiencia, mi compañero y yo, porque a veces tengo un compañero, disfrutamos imaginándonos caballeros de una nueva, o mejor dicho, antigua orden,— no Ecuestres ni Caballeros, no Ritters ni Jinetes, sino Caminantes, una clase aún más antigua y honorable, confío. El espíritu caballeresco y heroico que una vez perteneció al Jinete parece residir ahora en, o tal vez haber sido absorbido por, el Caminante,— no el Caballero, sino el Caminante, Errante. Él es una especie de cuarto estado, fuera de la Iglesia y el Estado y el Pueblo.

Hemos sentido que casi solos por aquí practicamos este noble arte; aunque, para decir la verdad, al menos, si se aceptan sus propias afirmaciones, la mayoría de mis conciudadanos desearían caminar a veces, como yo, pero no pueden. Ninguna riqueza puede comprar el ocio, la libertad y la independencia necesarios, que son el capital en esta profesión. Solo viene por la gracia de Dios. Requiere una dispensación directa del Cielo para convertirse en un caminante. Debes nacer en la familia de los Caminantes. *Ambulator nascitur, non fit.* Algunos de mis conciudadanos, es cierto, pueden recordar y me han descrito algunas caminatas que hicieron hace diez años, en las que

tuvieron la suerte de perderse por media hora en el bosque; pero sé muy bien que se han confinado a la carretera desde entonces, cualquiera que sea la pretensión que hagan de pertenecer a esta clase selecta. No hay duda de que se elevaron por un momento como por el recuerdo de un estado de existencia anterior, cuando incluso ellos eran forestales y forajidos.

"Cuando llegó al verde bosque,  
En una alegre mañana,  
Allí escuchó las notas suaves  
De los pájaros alegremente cantando.  
"Ha pasado mucho tiempo, dijo Robin,  
Desde que estuve aquí por última vez;  
Tengo ganas de disparar un poco  
Al ciervo oscuro."

Creo que no puedo conservar mi salud y espíritu, a menos que pase al menos cuatro horas al día—y generalmente es más que eso—deambulando por los bosques y sobre las colinas y campos, absolutamente libre de todos los compromisos mundanos. Puedes decir con seguridad, Un centavo por tus pensamientos, o mil libras. Cuando a veces me recuerdan que los mecánicos y tenderos se quedan en sus tiendas no solo toda la mañana, sino también toda la tarde, sentados con las piernas cruzadas, muchos de ellos,—como si las piernas estuvieran hechas para sentarse sobre ellas, y no para pararse o caminar sobre ellas,—pienso que merecen algún crédito por no haberse suicidado todos hace mucho tiempo.

Yo, que no puedo quedarme en mi habitación por un solo día sin adquirir algo de óxido, y cuando a veces he salido furtivamente para una caminata a la undécima hora de las cuatro de la tarde, demasiado tarde para redimir el día, cuando las sombras de la noche ya comenzaban a mezclarse con la luz del día, me he sentido como si hubiera cometido algún pecado que expiar,—confieso que me asombra el poder de resistencia, por no hablar de la insensibilidad moral, de mis vecinos que se confinan en tiendas y oficinas todo el día durante semanas y meses, sí, y años casi juntos. No sé de qué clase de material están hechos,—sentados allí ahora a las tres de la tarde, como si fueran las tres de la mañana. Bonaparte puede hablar del valor de

las tres de la mañana, pero no es nada comparado con el valor que puede sentarse alegremente a esta hora de la tarde frente a uno mismo a quien has conocido toda la mañana, para dejar morir de hambre a una guarnición a la que estás unido por lazos tan fuertes de simpatía. Me sorprende que a esta hora, o digamos entre las cuatro y las cinco de la tarde, demasiado tarde para los periódicos de la mañana y demasiado temprano para los de la tarde, no se escuche una explosión general a lo largo de la calle, esparciendo una legión de nociones y caprichos anticuados y caseros a los cuatro vientos para que se ventilen,—y así el mal se cure a sí mismo.

Cómo las mujeres, que están confinadas en la casa aún más que los hombres, lo soportan, no lo sé; pero tengo motivos para sospechar que la mayoría de ellas no lo soportan en absoluto. Cuando, temprano en una tarde de verano, hemos estado sacudiendo el polvo del pueblo de las faldas de nuestras prendas, apresurándonos más allá de esas casas con frentes puramente dóricos o góticos, que tienen un aire de reposo, mi compañero susurra que probablemente en estos momentos sus ocupantes se han ido a la cama. Entonces es cuando aprecio la belleza y la gloria de la arquitectura, que en sí misma nunca se retira, sino que siempre se mantiene firme y erguida, vigilando a los durmientes.

No cabe duda de que el temperamento, y, sobre todo, la edad, tienen mucho que ver con ello. A medida que un hombre envejece, su capacidad para quedarse quieto y seguir ocupaciones en interiores aumenta. Se vuelve vespertino en sus hábitos a medida que se aproxima la tarde de la vida, hasta que finalmente sale solo justo antes de la puesta del sol, y obtiene toda la caminata que necesita en media hora.

Pero la caminata de la que hablo no tiene nada que ver con hacer ejercicio, como se llama, como los enfermos toman medicina a horas fijas,— como el balanceo de pesas o sillas; sino que es en sí misma la empresa y aventura del día. Si deseas hacer ejercicio, ve en busca de las fuentes de la vida. ¡Piensa en un hombre balanceando pesas por su salud, cuando esas fuentes están burbujeando en pastizales lejanos no buscados por él!

Además, debes caminar como un camello, que se dice es el único animal que rumia mientras camina. Cuando un viajero le pidió al sirviente de Wordsworth que le mostrara el estudio de su maestro, ella respondió, "Aquí está su biblioteca, pero su estudio está al aire libre." Vivir mucho al aire li-

bre, bajo el sol y el viento, sin duda producirá cierta aspereza de carácter,—hará que crezca una cutícula más gruesa sobre algunas de las cualidades más finas de nuestra naturaleza, como en la cara y las manos, o como el trabajo manual severo roba a las manos algo de su delicadeza de tacto. Así que quedarse en casa, por otro lado, puede producir una suavidad y tersura, por no decir una delgadez de piel, acompañada de una mayor sensibilidad a ciertas impresiones. Tal vez deberíamos ser más susceptibles a algunas influencias importantes para nuestro crecimiento intelectual y moral, si el sol hubiera brillado y el viento soplado sobre nosotros un poco menos; y sin duda es una cuestión delicada para proporcionar adecuadamente la piel gruesa y delgada. Pero me parece que esa es una costra que se caerá lo suficientemente rápido,—que el remedio natural se encuentra en la proporción que la noche tiene con el día, el invierno con el verano, el pensamiento con la experiencia. Habrá tanto más aire y sol en nuestros pensamientos. Las palmas callosas del trabajador están familiarizadas con tejidos más finos de respeto propio y heroísmo, cuyo tacto estremece el corazón, que los dedos lánguidos de la ociosidad. Eso es mera sentimentalidad que yace en la cama durante el día y se cree blanca, lejos del bronceado y la callosidad de la experiencia.

Cuando caminamos, naturalmente vamos a los campos y bosques: ¿qué sería de nosotros, si camináramos solo en un jardín o un paseo? Incluso algunas sectas de filósofos han sentido la necesidad de importar los bosques para sí mismos, ya que no iban a los bosques. "Plantaron arboledas y paseos de Platanos," donde tomaban subdiales ambulationes en pórticos abiertos al aire. Por supuesto, no sirve de nada dirigir nuestros pasos hacia los bosques, si no nos llevan allí. Me alarma cuando sucede que he caminado una milla en los bosques corporalmente, sin llegar allí en espíritu. En mi caminata vespertina quisiera olvidar todas mis ocupaciones matutinas y mis obligaciones con la sociedad. Pero a veces sucede que no puedo sacudirme fácilmente el pueblo. El pensamiento de algún trabajo correrá en mi cabeza, y no estoy donde está mi cuerpo,—estoy fuera de mis sentidos. En mis caminatas quisiera volver a mis sentidos. ¿Qué negocios tengo en el bosque, si estoy pensando en algo fuera del bosque? Me sospecho a mí mismo, y no puedo evitar un escalofrío, cuando me encuentro tan implicado incluso en lo que se llaman buenas obras,—porque esto puede suceder a veces.

Mi vecindario ofrece muchos buenos paseos; y aunque durante tantos años he caminado casi todos los días, y a veces durante varios días seguidos, aún no los he agotado. Una perspectiva absolutamente nueva es una gran felicidad, y aún puedo obtener esto cualquier tarde. Dos o tres horas de caminata me llevarán a un país tan extraño como el que espero ver alguna vez. Una sola casa de campo que no había visto antes es a veces tan buena como los dominios del Rey de Dahomey. De hecho, hay una especie de armonía que se puede descubrir entre las capacidades del paisaje dentro de un radio de diez millas, o los límites de una caminata vespertina, y los setenta años de vida humana. Nunca te será del todo familiar.

Hoy en día, casi todas las mejoras del hombre, así llamadas, como la construcción de casas, y la tala del bosque y de todos los árboles grandes, simplemente deforman el paisaje, y lo hacen cada vez más domesticado y barato. ¡Un pueblo que comenzara quemando las cercas y dejando el bosque en pie! Vi las cercas medio consumidas, sus extremos perdidos en el medio de la pradera, y algún avaro mundano con un topógrafo buscando sus límites, mientras el cielo había tomado lugar a su alrededor, y no veía a los ángeles yendo de un lado a otro, sino que buscaba un viejo agujero de poste en medio del paraíso. Miré de nuevo, y lo vi de pie en medio de un pantano estigio y fangoso, rodeado de demonios, y había encontrado sus límites sin duda, tres pequeñas piedras, donde se había clavado una estaca, y mirando más de cerca, vi que el Príncipe de las Tinieblas era su topógrafo.

Puedo fácilmente caminar diez, quince, veinte, cualquier cantidad de millas, comenzando en mi propia puerta, sin pasar por ninguna casa, sin cruzar un camino excepto donde lo hacen el zorro y el visón: primero a lo largo del río, luego del arroyo, y luego del prado y el borde del bosque. Hay millas cuadradas en mi vecindario que no tienen habitantes. Desde muchas colinas puedo ver la civilización y las moradas del hombre a lo lejos. Los agricultores y sus obras son apenas más obvios que las marmotas y sus madrigueras. El hombre y sus asuntos, la iglesia y el estado y la escuela, el comercio y la manufactura y la agricultura, incluso la política, la más alarmante de todas, me complace ver cuán poco espacio ocupan en el paisaje. La política no es más que un campo estrecho, y esa carretera aún más estrecha allá lleva a ella. A veces dirijo al viajero allí. Si quieres ir al mundo político, sigue el gran camino,— sigue a ese hombre del mercado, mantén su polvo en tus ojos, y te llevará directamente a él; porque también tiene su lugar simple-

mente, y no ocupa todo el espacio. Paso de ella como de un campo de frijoles al bosque, y es olvidada. En media hora puedo caminar hasta una parte de la superficie de la tierra donde un hombre no se encuentra de un año al otro, y allí, por consiguiente, no hay política, pues no son más que el humo de un cigarro de un hombre.

El pueblo es el lugar al que tienden los caminos, una especie de expansión de la carretera, como un lago de un río. Es el cuerpo del cual los caminos son los brazos y piernas, un lugar trivial o cuatrivial, el paso y la posada de los viajeros. La palabra proviene del latín villa, que junto con via, un camino, o más antiguamente ved y vella, Varro deriva de veho, llevar, porque la villa es el lugar hacia y desde el cual se llevan las cosas. A aquellos que obtenían su sustento transportando se les decía vellaturam facere. De ahí, aparentemente, también la palabra latina vilis y nuestra vile; también villano. Esto sugiere el tipo de degeneración a la que son propensos los aldeanos. Están desgastados por el viaje que pasa por ellos y sobre ellos, sin viajar ellos mismos.

Algunos no caminan en absoluto; otros caminan en las carreteras; unos pocos cruzan los terrenos. Los caminos están hechos para caballos y hombres de negocios. Yo no viajo mucho por ellos, comparativamente, porque no tengo prisa por llegar a ninguna taberna, tienda o establo o depósito a los que llevan. Soy un buen caballo para viajar, pero no por elección un trotador de caminos. El pintor de paisajes usa las figuras de los hombres para marcar un camino. No haría ese uso de mi figura. Salgo a una Naturaleza tal como los viejos profetas y poetas, Manu, Moisés, Homero, Chaucer, caminaban. Puedes llamarlo América, pero no es América: ni Americus Vesputius, ni Colón, ni el resto fueron sus descubridores. Hay un relato más verdadero de ella en la mitología que en cualquier historia de América, así llamada, que haya visto.

Sin embargo, hay algunos caminos antiguos que pueden ser transitados con provecho, como si llevaran a algún lugar ahora que están casi en desuso. Está el Viejo Camino de Marlborough, que ahora no va a Marlborough, creo, a menos que Marlborough sea adonde me lleva. Me atrevo a hablar de él aquí, porque supongo que hay uno o dos de esos caminos en cada pueblo.

## EL VIEJO CAMINO DE MARLBOROUGH

Donde alguna vez cavaron en busca de dinero,  
Pero nunca encontraron ninguno;  
Donde a veces Martial Miles  
Pasa solo,  
Y Elijah Wood,  
Temo que no por un buen motivo:  
Ningún otro hombre,  
Salvo Elisha Dugan,—  
¡Oh hombre de hábitos salvajes,  
Perdices y conejos,  
Que no tienes preocupaciones  
Solo para poner trampas,  
Que vives completamente solo,  
Con lo mínimo,  
Y donde la vida es más dulce  
Constantemente comes.  
Cuando la primavera agita mi sangre  
Con el instinto de viajar,  
Puedo obtener suficiente grava  
En el Viejo Camino de Marlborough.  
Nadie lo repara,  
Porque nadie lo usa;  
Es un camino viviente,  
Como dicen los cristianos.  
No hay muchos  
Que entren allí,

Solo los invitados del  
Irlandés Quin.  
¿Qué es, qué es,  
Sino una dirección allá,  
Y la mera posibilidad  
De ir a algún lugar?  
Grandes carteles de piedra,  
Pero ningún viajero;  
Cenotafios de las ciudades  
Nombradas en sus coronas.  
Vale la pena ir a ver  
Dónde podrías estar.  
¿Qué rey  
Hizo la cosa,  
Todavía me pregunto;  
Puesto en pie cómo o cuándo,  
Por qué selectos,  
Gourgas o Lee,  
Clark o Darby?  
Son un gran esfuerzo  
Por ser algo para siempre;  
Tablas en blanco de piedra,  
Donde un viajero podría gemir,  
Y en una oración  
Grabar todo lo que se sabe;  
Que otro podría leer,

En su extrema necesidad.  
Conozco una o dos  
Líneas que servirían,  
Literatura que podría mantenerse  
Por todo el país,  
Que un hombre podría recordar  
Hasta diciembre siguiente,  
Y leer de nuevo en la primavera,  
Después del deshielo.  
Si con la imaginación desplegada  
Dejas tu morada,  
Puedes dar la vuelta al mundo  
Por el Viejo Camino de Marlborough.

Actualmente, en este vecindario, la mejor parte de la tierra no es propiedad privada; el paisaje no es propiedad de nadie, y el caminante disfruta de una libertad comparativa. Pero posiblemente llegue el día en que se divida en los llamados terrenos de recreo, en los que unos pocos tomarán un placer estrecho y exclusivo solamente,—cuando las cercas se multipliquen, y se inventen trampas para hombres y otros ingenios para confinar a los hombres al camino público, y caminar sobre la superficie de la tierra de Dios se interprete como una invasión de las tierras de algún caballero. Disfrutar de una cosa de manera exclusiva es comúnmente excluirse a uno mismo del verdadero disfrute de ella. Aprovechemos nuestras oportunidades, entonces, antes de que lleguen los días malos.

¿Qué es lo que a veces hace tan difícil determinar hacia dónde vamos a caminar? Creo que hay un sutil magnetismo en la Naturaleza que, si nos rendimos inconscientemente a él, nos guiará correctamente. No nos es indiferente hacia qué dirección caminamos. Hay un camino correcto; pero somos muy propensos, por descuido y estupidez, a tomar el equivocado. Nos gustaría tomar esa caminata, aún no realizada por nosotros a través de este mundo actual, que es perfectamente simbólica del camino que amamos re-

correr en el mundo interior e ideal; y a veces, sin duda, encontramos difícil elegir nuestra dirección, porque aún no existe claramente en nuestra idea.

Cuando salgo de la casa para dar un paseo, incierto aún hacia dónde dirigiré mis pasos, y me someto a mi instinto para que decida por mí, descubro, extraño y caprichoso como pueda parecer, que finalmente e inevitablemente me dirijo hacia el suroeste, hacia algún bosque, pradera o pastizal abandonado o colina en esa dirección. Mi aguja es lenta para asentarse, varía unos pocos grados, y no siempre apunta al suroeste exacto, es cierto, y tiene buena autoridad para esta variación, pero siempre se asienta entre el oeste y el sur-suroeste. El futuro yace en esa dirección para mí, y la tierra parece más inagotada y rica en ese lado. El contorno que delimitaría mis caminatas no sería un círculo, sino una parábola, o más bien como una de esas órbitas cometarias que se ha pensado que son curvas no retornables, en este caso abriéndose hacia el oeste, en la que mi casa ocupa el lugar del sol. A veces doy vueltas y vueltas indeciso durante un cuarto de hora, hasta que decido, por milésima vez, que caminaré hacia el suroeste o el oeste. Hacia el este solo voy por fuerza; pero hacia el oeste voy libre. Ningún negocio me lleva allí. Me cuesta creer que encontraré paisajes hermosos o suficiente vida salvaje y libertad detrás del horizonte oriental. No me emociona la perspectiva de una caminata hacia allá; pero creo que el bosque que veo en el horizonte occidental se extiende ininterrumpidamente hacia el sol poniente, y no hay pueblos ni ciudades en él de suficiente importancia para molestarme. Viva donde viva, de este lado está la ciudad, de aquel el desierto, y siempre estoy dejando más y más la ciudad, y retirándome hacia el desierto. No pondría tanto énfasis en este hecho, si no creyera que algo así es la tendencia predominante de mis compatriotas. Debo caminar hacia Oregón, y no hacia Europa. Y en esa dirección se mueve la nación, y puedo decir que la humanidad progresa de este a oeste. En los últimos años hemos sido testigos del fenómeno de una migración hacia el sureste, en el asentamiento de Australia; pero esto nos afecta como un movimiento retrógrado, y, juzgando por el carácter moral y físico de la primera generación de australianos, aún no ha demostrado ser un experimento exitoso. Los tártaros orientales piensan que no hay nada al oeste más allá del Tíbet. "El mundo termina allí", dicen; "más allá no hay nada más que un mar sin orillas". Es un Oriente sin atenuar donde viven.

Vamos hacia el este para realizar la historia y estudiar las obras de arte y literatura, recorriendo los pasos de la raza; vamos hacia el oeste como hacia el futuro, con un espíritu de empresa y aventura. El Atlántico es un río Leteo, en nuestro paso sobre el cual hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si no tenemos éxito esta vez, tal vez quede una oportunidad más para la raza antes de llegar a las orillas del Estigia; y esa está en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho.

No sé cuán significativo es, o hasta qué punto es una evidencia de singularidad, que un individuo consienta así en su más pequeña caminata con el movimiento general de la raza; pero sé que algo parecido al instinto migratorio en aves y cuadrúpedos,—que, en algunos casos, se sabe que ha afectado a la tribu de las ardillas, impulsándolas a un movimiento general y misterioso, en el que se las veía, dicen algunos, cruzando los ríos más anchos, cada una en su particular astilla, con su cola levantada como vela, y formando puentes en arroyos más estrechos con sus cadáveres,—que algo como el furor que afecta al ganado doméstico en primavera, y que se atribuye a un gusano en sus colas,—afecta tanto a las naciones como a los individuos, ya sea perennemente o de vez en cuando. Ni una bandada de gansos salvajes grazna sobre nuestro pueblo, sin que, hasta cierto punto, desestabilice el valor de los bienes raíces aquí, y, si fuera un corredor de bolsa, probablemente tendría en cuenta esa perturbación.

"Than longen folk to gon on pilgrimages,

And palmeres for to seken strange strondes."

Cada atardecer que presencio me inspira el deseo de ir a un Oeste tan distante y tan hermoso como aquel en el que el sol se pone. Parece migrar hacia el oeste diariamente, y tentarnos a seguirlo. Es el Gran Pionero Occidental a quien siguen las naciones. Soñamos toda la noche con esas crestas montañosas en el horizonte, aunque puedan ser solo de vapor, que fueron las últimas doradas por sus rayos. La isla de la Atlántida, y las islas y jardines de las Hespérides, una especie de paraíso terrenal, parecen haber sido el Gran Oeste de los antiguos, envuelto en misterio y poesía. ¿Quién no ha visto en imaginación, al mirar el cielo al atardecer, los jardines de las Hespérides y la base de todas esas fábulas?

Colón sintió la tendencia hacia el oeste más fuertemente que nadie antes. La obedeció y encontró un Nuevo Mundo para Castilla y León. La manada

de hombres en aquellos días olía nuevos pastos desde lejos.

"Y ahora el sol había alargado todas las colinas,

Y ahora se había dejado caer en la bahía occidental;

Por fin se levantó, y sacudió su manto azul;

Mañana a nuevos bosques y pastos frescos."

¿Dónde en el globo se puede encontrar un área de igual extensión a la ocupada por la mayor parte de nuestros Estados, tan fértil y tan rica y variada en sus producciones, y al mismo tiempo tan habitable por el europeo, como esta? Michaux, que conocía solo una parte de ellos, dice que "las especies de árboles grandes son mucho más numerosas en América del Norte que en Europa; en los Estados Unidos hay más de ciento cuarenta especies que superan los treinta pies de altura; en Francia hay solo treinta que alcanzan este tamaño". Los botánicos posteriores confirman más que sus observaciones. Humboldt vino a América para realizar sus sueños juveniles de una vegetación tropical, y la contempló en su mayor perfección en los bosques primitivos del Amazonas, la mayor selva del mundo, que ha descrito tan elocuentemente. El geógrafo Guyot, él mismo europeo, va más lejos, — más lejos de lo que estoy dispuesto a seguirlo; pero no cuando dice, — "Como la planta está hecha para el animal, como el mundo vegetal está hecho para el mundo animal, América está hecha para el hombre del Viejo Mundo. . . . El hombre del Viejo Mundo se pone en camino. Dejando las tierras altas de Asia, desciende de estación en estación hacia Europa. Cada uno de sus pasos está marcado por una nueva civilización superior a la precedente, por un mayor poder de desarrollo. Llegado al Atlántico, se detiene en la orilla de este océano desconocido, cuyos límites no conoce, y vuelve sobre sus huellas por un instante." Cuando ha agotado el rico suelo de Europa, y se ha revigorizado, "entonces reanuda su carrera aventurera hacia el oeste como en las edades más tempranas." Hasta aquí Guyot.

De este impulso occidental en contacto con la barrera del Atlántico surgieron el comercio y la empresa de los tiempos modernos. El joven Michaux, en sus "Viajes al Oeste de los Alleghanies en 1802," dice que la pregunta común en el recién asentado Oeste era, "'¿De qué parte del mundo vienes?'" Como si estas vastas y fértiles regiones fueran naturalmente el lugar de encuentro y país común de todos los habitantes del globo."

Usando una palabra latina obsoleta, podría decir, Ex Oriente lux; ex Occidente frux. Del Este la luz; del Oeste el fruto.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**